

LA INCIDENCIA DE LO POSMODERNO EN LA NOVELA *LOS PEOR*, DE FERNANDO CONTRERAS

Óscar Gerardo Alvarado Vega*

ABSTRACT

The novel, *Los Peor*, does have a strong influence upon the manifestations brought along by post-modernity as a global phenomenon. All human manifestations are always a response to culture and production, in general, that never stops showing itself. In literature this permanent human doing also reflects itself evidencing this social dynamism along with all its justice and injustice. Therefore, the present discussion proposes to show some of the fundamental characteristics that both modernity and mainly post-modernity mark in the sphere of literary production, out of which Costa Rican literature is but another manifestation.

Key words: globalization, marginality, fragmentation, postmodernity, modernity, literature, heterogeneity.

RESUMEN

La novela *Los Peor* no deja de tener una fuerte influencia de las manifestaciones que trae consigo el proceso del posmodernismo como fenómeno de nivel global.

Todas las manifestaciones del quehacer humano son siempre respuesta a la cultura y a la producción en general que no deja de manifestarse, por lo cual en la literatura se muestra también este hacer permanente como muestra del dinamismo social, con todas sus justicias e injusticias.

Por lo anterior, el presente abordaje tiene como propósito la mostración de algunas de las características fundamentales que no solo el modernismo, sino fundamentalmente el posmodernismo, van marcando en el ámbito de la producción literaria, de la cual la literatura costarricense es una manifestación más.

Palabras clave: globalización, marginalidad, fragmentación, postmodernidad, modernidad, literatura, heterogeneidad.

Literatura y sociedad

La literatura es incapaz de permanecer ajena a la movilidad de los cambios a los que la sociedad como tal se ve sujeta. El texto u obra literaria responden a una serie de condicionamientos sociales que permiten que éste, como materia sujeta a esos referentes sociales, responda también a tales cambios. Es por ello que en una novela como *Los Peor*, de Fernando Contreras,

existe una manifestación en la cual, sin copiar el entorno, sí se responde a éste a su manera, pues la mediación de una visión de mundo, no obvia, es claro, el contexto en el cual se teje la escritura de esta novela.

En este texto, en el cual los personajes principales son los grandes desposeídos de la sociedad, aquellos que están signados por la condición que los ubica como clase baja-baja, en la cual estos se enfrentan a nuevos tiempos en los

* Licenciado en Filología Española. Máster en Literatura Latinoamericana. Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura.

que la desposesión, la crisis social, el desempleo en una escala alarmante, y los deseos o utopías que se erigen como sueños más que como realidades, se da paso a un universo en que son los olvidados los nuevos sujetos que llevan de la mano la presentación y puesta en escena de una realidad ajena o incipiente hasta ese momento dentro de la literatura costarricense. La nueva temática aborda el mundo de aquellos que como Jerónimo y su hermana, las prostitutas y don Félix, Polifemo, y los que deambulan de un lugar a otro por las calles de San José, van delimitando la nueva “realidad” del entorno en el cual se mueven y se construyen. Es el des- enmascaramiento de un acontecer que se torna más y más patético hacia finales del siglo XX, y en el cual la emergencia de la post modernidad pone de manifiesto que las desigualdades sociales y el aumento de condiciones más difíciles de sobrevivencia dentro del monstruo urbano, se van volviendo cada vez más hostiles para los olvidados, para los marginados a los cuales hemos hecho referencia.

Lastendencias posmodernas se manifiestan de lleno en todos los ámbitos del quehacer humano, por lo que el texto, como parte de ese entorno señalado, comporta la manifestación que el contexto permea.

Por su parte, la crítica al humanismo no deja de ser una plasmación de la textualidad de la novela de Contreras, en tanto la injusticia emerge como uno de los parámetros dominantes dentro de los nuevos tiempos, y de lo cual da cuenta la lucha de los personajes que manifiesta el texto. Aún así, estos se resisten a dejarse avasallar, lo cual responde a una chispa de lucha en la cual dan cuenta con sus acciones, sin dejar de lado que, al fin y al cabo, se erigen como los grandes derrotados de la posmodernidad. Las acciones que estos vayan desarrollando a lo largo de la novela han de ser la confirmación de un lento pero insistente proceso de desenmascaramiento de las injusticias, en donde las pluralidades son la careta detrás de la cual continúan encubriéndose las diferencias y la confirmación de los diferentes estratos de la sociedad.

Argumento

En relación con la novela, esta inicia con la llegada de Jerónimo Peor a la casa de su hermana Consuelo, después de haber pasado por una formación de carácter religiosa en un mundo y un momento en el cual parece sobrar de cara al contexto en el cual ha de vivir, por lo que la marca de la locura, ante los demás, es lo que lo ha de acompañar permanentemente. Su llegada se da más por casualidad que por otra cosa, pues el mismo Jerónimo creía que su hermana había muerto, y la llegada a la “pensión” no es más que su deseo de vivir en algún lugar, al menos por el momento, mientras termina de ubicarse en un mundo en el cual la diferencia ha de ser la nota predominante para su relación con los demás. Es su hermana quien lo reconoce a pesar de la barba y de la cara de anciano, por lo cual lo recoge y le da un lugar en su casa, en donde también se encuentra el marido de esta, enfermo e imposibilitado de trabajar. La formación de Jerónimo, sólida si se quiere, aunque desordenada y muy propensa también a interpretaciones fuera de todo orden lógico en otras ocasiones, contribuyen a reafirmar ante los otros y otras el carácter de locura que lo reviste. Al llegar al prostíbulo que regenta su hermana, las muchachas que viven y trabajan allí continuamente “pone a prueba” su paciencia y virtud, aunque todo dentro de un carácter de convivencia y armonía que refuerza el valor que se erige desde el lugar en el cual la sociedad establece el vicio. Con el tiempo llega al “nuevo hogar” una joven en estado de embarazo, la cual es acogida por todos como parte de la familia. Cuando da a luz, el niño, contaminado por el consumo y exposición a agroquímicos a que estuvo expuesta su madre, nace con un solo ojo, por lo cual pasa a llamarse Polifemo y es acogido por Jerónimo como su discípulo, y recibe la formación particular de este. El nombre, por lo demás, le es conferido por el propio Jerónimo, el cual ve en el niño un nuevo signo de los tiempos, más que una víctima de los pesticidas.

Por su parte, Jerónimo recorre las calles josefinas, interpretando a su manera, pero

cuando encuentra a don Félix y a su perro, ambos ancianos y ciegos, se ve influido por la percepción del mundo que ha quedado en la memoria del anciano en sus días de vidente y aprehende ese mundo y lo reconstruye en su mente, por lo cual deambula por las calles de antaño, y los edificios de un ayer idílico y mejor en compañía de estos, y luego en solitario cuando estos mueren. Cada uno de los edificios antiguos ya demolidos o de los que apenas quedan trazos, van emergiendo no solo de la descripción que hace el anciano a Jerónimo, sino que en este también se va conformando ese pasado, que amenaza con desplazar al presente, en tanto significa un remanso en medio del caos presente. Es la reconstrucción de un mundo en el cual ya no caben las esperanzas, pero del que queda el recuerdo y la imagen de lo ido como el tiempo de lo mejor, de lo irretornable (lo cual acerca el texto, de alguna manera, a la añoranza que se manifiesta en el modernismo).

Al crecer el pequeño Polifemo, se ve expuesto a la compañía de los demás niños, “chapulines” y otros va conociendo al lado de Jerónimo, por lo cual va cambiando su percepción del mundo, pues hasta ese momento lo que conoce lo ha aprendido de su “maestro” Jerónimo, el cual le ha “obsequiado” una imagen del mundo en el cual se mueven, pero desde la perspectiva del extravío del anciano y de su visión de mundo. Después de haber sido marginado y encerrado en su casa, por parte de su madre, empieza a conocer otro mundo y se permea de él. Luego enferma y paulatinamente va quedando en estado vegetal, lo cual interpreta Jerónimo como una conversión en árbol, y que termina creyendo sin discusión alguna. Es así como inicia un proceso de identificación con el árbol de limón en el que cree que se ha convertido Polifemo. Algunos días después enferma, se va debilitando, hasta terminar sus días en el pequeño patio de la casa, a la sombra del limonero que había sido transplantado del hospital en el que se hallaba Polifemo: “...y un día, al pie de Polifemo, Jerónimo Peor no tuvo ningún reparo en morir; en un íntimo arrebató murió y punto.” (Contreras 1995: 247).

Posmodernismo

Debe entenderse este como una nueva forma estética que muestra analogías con “... el kitsch, el arte pop, el pastiche, el montaje, el collage, la gramatología y una nueva mimesis.” (Zabala 1991: 218), lo cual ciertamente permite una elaboración textual que remite a una situación particular. El elemento mimesis no es ajeno a la novela, pues si bien el texto no es una copia del entorno, no deja de lado el referente que le da sustento, y es entonces la manifestación del monstruo urbano como devorador, lo que permite el establecimiento de las acciones a partir de personajes ficcionales o no.

Por otra parte, se menciona una serie de características que responden al hacer mismo del posmodernismo, las cuales constituyen un acercamiento certero de este, lo cual no implica que puedan manifestarse otras:

“El inventario de rasgos asignados al posmodernismo, de la manera más general (...) incluye: discurso autorreferencial, heterodoxia, eclecticismo, marginalidad, muerte de la utopía (léase: socialismo), muerte del autor, deformación, disfunción, deconstrucción, desintegración, desplazamiento, discontinuidad, visión no-lineal de la historia, dispersión, fragmentación, diseminación, ruptura, otredad, descentramiento del sujeto, caos, rizoma, rebelión, el sujeto como poder, género/diferencia/poder (probablemente el más positivo como revisión del patriarcado), disolución de la semiótica en la energética, autoproliferación de significantes, semiosis infinita, cibernética, pluralismo (...), crítica de la razón, procesión de simulacros y representaciones, disolución de las “narrativas” legitimadoras (hermeneútica, emancipación del proletariado, épica del progreso, dialéctica del espíritu), una nueva episteme o signo-sistema (...). Muchos de ellos se aplican al discurso literario, así como al arte de la fragmentación y al collage...” (Zabala 1991: 220-221).

Señala también Zabala como componentes importantes de esta postmodernidad la visión post industrial de las sociedades y las culturas, su manifestación metafóricamente del lenguaje y la función que posee la cultura y el hacer literario en la sociedad, aun con el carácter ficcional de aquel, pero que no deja de responder contra las estructuras de dominio (Zabala 1991: 221-222).

Lo cierto es que la marginalidad manifiesta que se presenta en la novela de Contreras y de la cual los personajes de clase baja como los Peor y sus allegados son sujetos responde a esa actitud postmodernista que caracteriza este periodo de finalización de siglo XX y principios del XXI. Es una sociedad en la cual estos ven escapar la utopía y centran su esperanza en el vivir inmediato que les permita la satisfacción de la vida diaria. Es precisamente el texto en el cual se diluye la presencia del autor, de acuerdo con las nuevas teorías de abordaje, en las cuales se ha de priorizar el lugar de la sociedad y los personajes, sin dejar de lado la inmediatez que brinda ese entorno que da origen a la textualidad, pero desde la perspectiva que abandona la interferencia del autor como escritor tradicional, pues se da paso a la intervención del lector como nuevo productor del texto a partir de su significación propia de la lectura. Es la presencia de un nuevo manifestarse de lo literario en el cual las condiciones sociales contribuyen a presentar la deformación a que se ven expuestos, y a ello se une esa metaforización que la misma literatura permite; de hecho, la presencia de Polifemo es la presencia clara de esa deformidad que la sociedad como represora y como germen de hostilidad provoca cuando se presenta el irrespeto a la naturaleza como causante posterior de la extrañeza y desfiguración que conforman al niño de un solo ojo. Es la metáfora de la venganza de esa naturaleza ante la cual el ser humano termina pagando el precio de su irresponsabilidad, pero es también la parodia de elementos grecolatinos que se superponen en la mente y la fantasía de Jerónimo, tal como ocurre con otros de los ejemplos que ha de asociar y enlazar entre lo presente y el fruto de sus estudios y lecturas (ello parece devenir en un intertexto, por lo demás, quijotesco en la medida en que Don Quijote superpone la realidad y la imaginación que se desprende del fruto de sus lecturas, lo cual es también la misma “locura”, y la similar interpretación que efectúa Jerónimo de su entorno).

La desintegración que se presenta en la sociedad como elemento importante que configura también la expresión de este momento particular, no es ajeno en esta novela, en la cual

es clara la segregación y disgregación que existe entre los diferentes estratos sociales, sin dejar de lado el hecho de que los grandes marginados carecen de lugar dentro de los nuevos “valores” establecidos, por lo cual los Peor se convierten en los aislados sociales, que únicamente pasan a ocupar un espacio en cuanto cumplan con la función para la cual existen, la que, por lo demás, está marcada por la prohibición y por lo marginal. En otras palabras, este núcleo efectivamente cumple el papel de ser “lo peor” dentro de lo estatuido socialmente como uno de los últimos peldaños en la escala de valores en cuanto a rasgos de negatividad se refiere.

El desplazamiento señalado líneas atrás que se manifiesta como uno de los aspectos propios que se enmarcan dentro del postmodernismo, es claro en el caso de los personajes de la novela de Contreras, en tanto la condición en la cual se desenvuelven dentro del entorno los caracteriza como los grandes desplazados sociales, aquellos signados por la pobreza, por la marginalidad, por los estereotipos que los va llevando de la mano de acuerdo con el desarrollo mismo textual. Es la marginalidad y desplazamiento que tienen como base el oficio efectuado, la religiosidad marginal de Jerónimo, el abandono y la soledad, sin dejar de lado la “deformidad” del niño, extraño de cara a la sociedad, pero producto de ella misma. A la par de ello, se manifiesta la recurrencia propia que caracteriza a Jerónimo y a don Félix como aquellos que recurren a la necesidad evidente que comporta este periodo en estudio, en la medida en que se manifiesta una visión no-lineal de la historia, ejemplificado por la recurrencia permanente al recuerdo, y la reconstrucción de la vida, de la nostalgia desde la óptica que se enmarca desde tal recurso. A partir de estos señalamientos, cabe señalar también a lo largo de la novela la manifestación plena del paralelo otredad-mismidad, de las cuales los personajes están encadenados. Tanto Jerónimo como su familia son los grandes enajenados sociales, de acuerdo con la percepción de esa otredad que los margina y los define desde la diferencia. La otredad se convierte como la mismidad social, pero conlleva la separación, la disgregación, la fragmentación social, que

hace los Peor los descentrados sociales, los marginales, los bárbaros si se quiere en tanto quedan fuera de los estatutos sociales de la normalidad y lo establecido. Estos descentrados son los constituyentes del caos, pese a que la sociedad misma ha contribuido a la formación del mismo, lo que lleva al descentramiento de los sujetos, de los que Jerónimo es la marca plena al ser diferente por naturaleza.

El metarrelato liberal contractualista adquiere dentro del posmodernismo un carácter que se califica de reprochable, en tanto trae como producto una sociedad desigual, en la que los personajes como los de la novela se ven signados por la injusticia, en medio de un devenir del capitalismo que campea por la sociedad actual.

Este mundo de la posmodernidad se caracteriza por su manifestación fragmentaria, lo cual no permite una idea de totalidad, debido a este segmentar de lo que ocurre. El posmodernismo, por lo tanto, como paso de nueva lectura social, establece sus claras separaciones de lo que ha sido el modernismo como manifestación hasta ese momento, tal como lo señala Rojas, y de acuerdo con los conceptos que de Harvey señala en su libro:

“El fordismo moderno sigue una economía de gran escala, jerárquica y con una rígida división del trabajo. La flexibilidad posmoderna sigue una economía de la diversidad anárquica y destaca más la división social del trabajo. El modernismo es urbano; el posfordismo produce un fenómeno de contraurbanización. El modernismo destaca la ética; el posmodernismo la estética. La modernidad enfatiza la producción, la originalidad y las vanguardias. El posmodernismo se contenta con la reproducción, el pastiche y el eclecticismo. El modernismo es centralizador y totalizador. El posmodernismo es descentralizador y deconstructivo. La modernidad produce metateorías y racionalidades tecno-científicas. El posmodernismo defiende “juegos del lenguaje” y una alteridad pluralista. El modernismo construye utopías; el posmodernismo heterotopías. El modernismo es representacional; el posmodernismo produce ficciones. El modernismo cree en la intervención estatal; el posmodernismo defiende el “laissez-faire”.

Harvey concluye: “Parece como si la flexibilidad posmoderna fuese meramente el reverso del orden

dominante en el fordismo moderno. Lo posmoderno parece traer una enorme inestabilidad en el “aparato político y económico, la racionalidad del capital responde a la pregunta ¿qué es más rentable?” (Rojas 2003: 387)

La explosión del capitalismo va de la mano con la manifestación del posmodernismo. Los continuos cambios que se van manifestando en el desarrollo social y en las relaciones de producción traen como corolario cambios marcados. Ya incluso el surgimiento de la tecnología y su acelerado proceso es señal de un nuevo orden, en el cual unos se benefician, pero otros van quedando rezagados. Una sociedad global parece emerger, y ello obliga a la adaptación o al rezago, al cambio de valores de cara a estas transformaciones. La diferencia pasa a ocupar un lugar importante, en tanto lleva al pluralismo, pero ello no borra la gran diferencia que comporta el de la brecha entre los poseedores y los desposeídos, que es al fin y al cabo la gran marca histórica en un mundo en el cual el posmodernismo intenta borrar el discurso de las historias. Es la gran paradoja que existe en el fondo.

La resistencia es también propia del posmodernismo, lo cual se convierte en una de sus características esenciales, en contraposición con la uniformidad que impone el modernismo en tanto que descarta la actividad que comporta el resistir, y conforma a los individuos lejos de las pluralidades, pues los enmarca dentro del canon de la igualdad, con el resultado no de la diferencia sino más bien de la asimilación.

Lo que debe quedar claro es la insistencia, en la teoría posmoderna, de la crisis que campea en la sociedad, producto precisamente de lo moderno que no logra dar una salida plena a los proyectos que lo elevan a tal condición, pero ante los cuales fracasa. Esta emergencia de lo posmoderno trae sus consecuencias en tanto disolución de identidades, producto incluso de la nueva fase del capitalismo de la cual habla Jameson, referido por Santiago Castro-Gómez:

“En condiciones de globalización, la integración cultural ya no corre por cuenta de la memoria histórica de los pueblos, de la relación humana con la naturaleza o de las formas de pensamiento ligadas

a tradiciones, sino por el principio racionalizador de las nuevas tecnologías y sus legitimaciones éticas y estéticas. Con ello quedan debilitados aquellos elementos autónomos y autóctonos de la cultura, ligados a un sentimiento colectivo, que en épocas pasadas fueron capaces de ofrecer una resistencia interior a las imposiciones heterónomas del desarrollo tecnológico. En suma, la globalización es para Jameson el despliegue totalizante de la racionalidad científico-técnica y, consecuentemente, la desaparición de las identidades regionales que ligan el territorio a una historicidad específica.” (Castro-Gómez 2005: 11)

El posmodernismo refiere al conflicto de identidades y a la fragmentación, la dispersión o diseminación, que ello provoca en los sujetos y en los actos sociales en general, lo cual se hace evidente en las relaciones entre los individuos y en su accionar socio-cultural.

La desterritorialización que se establece dentro del posmodernismo, y que tiene que ver directamente con el concepto de la globalización que conduce e induce, tiene su consecuencia directa en el grupo familiar, pues tal como lo señala Appadurai:

“La tarea de la reproducción cultural, incluso en sus más íntimas arenas, tales como las relaciones entre esposo y esposa y entre padres e hijos, llega a verse politizada y expuesta a la vez a los traumas de la desterritorialización, ya que los miembros de la familia aúnan y negocian sus mutuos entendimientos y aspiraciones en arreglos espaciales a veces fracturados.” (Appadurai 2002: 34)

Lo anterior tiene importancia fundamental en tanto apunta a una relectura del núcleo familiar tradicional, el cual puede adquirir una nueva noción, y no solo disgregarse, sino reelaborarse desde una perspectiva nueva, posmoderna, tal como ha de ocurrir en la novela de Contreras.

Es importante señalar que el posmodernismo:

“...se opone a un concepto unitario y central de sujeto y de historia; destacan la solidaridad y la compasión como aspectos esenciales para desarrollar el entendimiento y la capacidad de experimentar el mundo. El posmodernismo ofrece una serie de referentes para repensar el hecho de que

nosotros estamos constituidos como sujetos dentro de condiciones socioculturales cambiantes.” (Rojas 2003: 436)

La desterritorialización como parte de esa pérdida de las diferencias de las narrativas dominantes hasta el momento, da lugar a un repensar las relaciones entre los grupos, y los individuos. Es en tal plano en que deriva el interés de nuestra lectura de cara al texto *Los Peor*.

***Los Peor* y la posmodernidad**

Una novela como la presente aborda el espacio de lo urbano, por lo cual se deja de lado el tema que hasta ahora había sido el mayormente explotado, como lo es el del campo, específicamente en el ámbito de la literatura costarricense, y cierta aura de lo idílico que ya se había construido en torno a este. Los últimos veinte años o más habían privilegiado este último espacio; no obstante, el surgimiento de nuevos temas de carácter psicológico, económico, político, que van dando lugar al ámbito de lo urbano con todos sus aspectos oscuros y negativos, ciertamente contribuyen a romper el esquema de lo idílico que ya había perdido en el campo y que se ubica luego en la urbe, para terminar abriendo el espacio a una realidad que dista mucho de la idealización concebida hasta el presente. La transformación en el ámbito de lo literario va desplazando paulatinamente este abordaje de lo tranquilo, de lo agradablemente vivencial y de ensoñación en el cual la crítica inicial aterriza, para ir lentamente abordando, en la literatura de transición, una relectura del entorno que pone de manifiesto una imagen que adquiere otros ribetes, hasta llegar a lo que en los últimos años se ha convertido esta nueva literatura, cuyo eje central ha de tomar como base la ciudad con todas sus manifestaciones oscuras y desdichadas. La prostitución, la pornografía, la soledad, el rechazo, la negación, la alienación, la pobreza extrema son, entre otros, los temas que han de verse en la nueva narrativa nacional costarricense, desprovista de ornatos, para presentar una realidad cruda que, en última instancia, golpea a las clases

más desposeídas de nuestra sociedad. Es la nueva propuesta de un hacer literario que se erige, fundamentalmente, durante los últimos treinta años del siglo XX, y se ve acentuada en los últimos 10 años de ese siglo e inicios del presente.

Este nuevo abordaje, que responde al (post) modernismo, no es sino la puesta y elucidación de una sociedad en crisis, como fenómeno no solo nuestro, sino de la sociedad latinoamericana en general.

En un grupo social en el que los nuevos valores de cara al Siglo XX y principios del XXI adquieren una dimensión diferente a tal punto que se erigen con mayor fuerza los disvalores, y en medio de tal caos aparece una nueva lectura de núcleo familiar que tiene como base un prostíbulo, la diferencia se convierte, ahora más que nunca, en una amenaza a los patrones conductuales establecidos por el orden tradicional. El nuevo grupo encuentra su orden donde el resto de la sociedad no ve más que caos, y en donde la prostitución, posiblemente más caótica que otra cosa, no representa sino una expresión de la normalidad para los demás, y para todos en general, pues es el medio de subsistencia que permite el mantenimiento del grupo emergente.

Ya se van dejando de lado, en medio de una sociedad industrial que agoniza y una tecnológica que adquiere unos ribetes de poder sumamente marcados, una serie de nuevos conflictos ante los cuales no son ajenos. La presencia de Polifemo no es casual, sino que se convierte en el gran símbolo de estos nuevos valores, caóticos o no, que contribuyen a reafirmar la diferencia y la marginación de los sujetos y de los grupos. Polifemo es el marginado que pertenece al grupo de los marginados, y que recibe una educación estéril si se quiere para el momento, óptima en otras circunstancias, por parte de otro de los grandes marginados de la sociedad. En otras palabras, la novela pone sobre el tapete el conflicto de la marginalidad que ataca a unos sujetos más que otros en medio de los nuevos parámetros sociales impuestos. Es una sociedad contaminada, de la cual Polifemo es el mayor contaminado físicamente en tanto nace diferente, “anormal” para los otros, pero también nace, en principio al menos, a la diferencia, la cual

termina por abandonarlo para sumirlo poco a poco en esos otros valores.

Tal grupo, *sui generis* por lo demás, se va construyendo de forma simultánea en el ámbito de lo privado y de lo público, a tal punto que la diferencia nunca es clara en cuanto a límites, pues viven con la prohibición, en la prohibición y desde esta. La marginalidad que los sujeta, les permite también establecerse y ser, construirse desde esta y existir a partir de allí. Son los “engendros de la posmodernidad” si queremos llamarlos de alguna manera, lo cual, ciertamente dentro de la novela no reviste un carácter de negatividad.

Es así como los roles sociales que se van conformando en el texto, y la construcción del ser individual, se manifiestan dentro de la estructura, la cual pone de manifiesto personajes cuya preocupación es el diario vivir, y cuyos sueños no van más allá que el del disfrute inmediato, y la menor cantidad de preocupaciones posible.

Dentro de lo propio de los cambios sociales, en los cuales la sociedad masificada se convierte en imperativo, a la manera de *Tiempos Modernos*, de Chaplin, un pequeño grupo, estereotipado desde la negatividad, enarbola su propio discurso, aun cuando no cale dentro de los valores sociales, pero les permite asumir un lugar dentro de esa sociedad de masa, y manifestarse desde la diferencia. Aún así, el discurso de la modernidad y la posmodernidad sigue conteniendo a los otros.

Por otra parte, en medio del caos de consumo, el grupo de los Peor se convierte en el mayor objeto de este: es el sitio al cual confluye la sociedad para consumir prostitución. Es un grupo de consumo que se realimenta de otros valores, para los cuales debe servir al otro, es decir, al devorador, a la sociedad. No obstante, en medio de tal actitud, son ellos, estos marginados, quienes no caen en el ámbito de tal anhelo consumista, razón que se ha citado en tanto se vive al día. Lo cierto es que transcurren sus vidas en medio de la hostilidad que esa sociedad que los devora cada día, de la cual se sirven, pero a la cual también sirven, les va sembrando. Lo importante no es solo el consumo que de ellos se haga, sino la actitud que permita transparentar la

idea de que no es así. Nadie admite fácilmente ser consumidor de prostitución, pero quizás sea cliente asiduo de algunos sitios. La verdad no es lo que es, sino en muchos caos lo que aparente ser.

Por lo anterior, en la novela es claro que se está llevando a cabo una relectura de los valores establecidos, lo cual queda de manifiesto con la lectura evidentemente centrada en los personajes marginales y en el grado de solidaridad y de construcción de núcleos familiares que van elaborando. Tal reconstrucción es muy propia de esta actitud posmodernista, en donde se pone en entredicho lo establecido para reestructurarlo, a tal grado que incluso la imagen de Dios se convierte en la de una mujer que permite la construcción de una nueva imagen de Este desde una perspectiva diferente. La novela deja ver, sin embargo, cuál es la inclinación ante estos nuevos valores, de forma que no permanece ambigua en cuanto expresión, sino más bien asume esta, desde la óptica de la narración, una clara empatía con los de los marginados. No debe perderse de vista que el mismo Félix es también un marginado, es un ciego que vive en un San José imaginario, y que ello contribuye a ser tildado como loco, como descentrado, pero no ante los ojos de Jerónimo, capaz de leer y entender la diferencia, y los valores que han quedado en la memoria del anciano ciego, el cual posibilita la existencia de su propia realidad, y la comparte con Jerónimo, que igual se la apropia. Por ello, ante el paso de una construcción nueva de sociedad posmoderna, existen valores que se construyen y se conservan.

Por otra parte, tampoco debe dejarse de lado que estos nuevos valores exigen una construcción, en la cual, cuanto más se tenga, más persona se es y más se vale por ello. De nuevo la diferencia construye o evidencia la marginación. *Los Peor* viven al día, por lo cual socialmente no valen. El mismo Jerónimo atesora sus experiencias, pero carece de bienes materiales, lo cual lo convierte en una especie de paria social, aun casi ante los ojos de su hermana Consuelo. Don Félix, poseído por la ceguera, es también otro marginado, pues no posee sino muy pocas cosas, entre las cuales se halla su humilde casa y su perro.

No obstante, no caen en el plano de este nuevo devenir social, lo cual los lleva al aislamiento y los “cercena” de alguna manera.

Toda esta alineación provoca en los sujetos y en la sociedad una nueva racionalidad, desde la que se desprende, es claro, la irracionalidad misma en la cual se desenvuelven. Es la presencia también del absurdo social es su devenir, en el cual unos son porque tienen, y otros no llegan a ser plenamente en tanto carecen de. El texto pone en entredicho ambos planos sociales y parece construir dos universos de sentido, en el cual la realidad no siempre es la misma, y el caos social se manifiesta de una manera, pero cierto orden, en menor escala, puede construirse en otra esfera, paradójicamente, en la de la marginalidad, en el mundo de los abandonados. Jerónimo no es un loco, ni los Peor lo son en cuanto marginales, sino que el discurso se construye también desde ellos para poner en evidencia la manifestación de una nueva moral en el entorno de una sociedad y una cultura que se rige por ciertos valores. Los Peor, al fin y al cabo, en medio de un mundo posmoderno, vienen a construirse como los “Mejor”, pues son capaces de defender su micro universo y manifestarse desde él. Es la posibilidad de la coexistencia de dos diferencias, aun cuando una trate de subyugar o contrarrestar a la otra, pero con la defensa que la cultura, y los valores en principio meta culturales defienden. El prostíbulo es el centro de una nueva dimensión de valores, el oasis, que permite vivir con otro esquema de reglas, de aptitudes y de actitudes en medio del caos de la (pos)modernidad. La figura misma de Jerónimo, signado por la diferencia, es también marca importante de esta defensa aun cuando se deambule en medio del océano caótico y devorador de las calles josefinas.

La posmodernidad no deja, entonces, de manifestarse en todos los planos, y ciertamente la literatura es también un pretexto de cara al entorno y sus manifestaciones. Tal novela, según lo hemos apuntado, deja ver en sus líneas la historia de los marginados, de los olvidados sociales, de los excluidos como los personajes que paradójicamente se apropian del texto y se construyen y definen a lo

largo del desarrollo. El juicio de Lobo, en el prólogo de la obra correspondiente, reafirma al juicio:

“Novela de bajos fondos, *Los Peor* rompe con la narrativa de clase media o campesina que ha sido tradicional en Costa Rica. Son los nuevos tiempos, el nuevo desorden social en un desierto de utopías. Ya no hay cabida para la candidez o la frivolidad de algunos y las asperezas existenciales de otros. La urgencia de la época obliga a escudriñar a fondo el lado creciente más oscuro de la luna.” (Contreras: 1995)

A la par de ello, el lugar en el cual existen no es más que la posibilidad de subsistir, sino también de encontrar un lugar en el cual compararan un rescoldo de humanidad y comprensión:

“Los hermanos Peor estaban solos en el mundo pero a Consuelo le había tocado la peor parte.

El número de muchachas de la pensión oscilaba entre quince a principio de año y veinticinco para las fiestas de Navidad; de todos colores y tamaños y de las más dispares procedencias, con hijos bebés algunas, con hijos adolescentes otras, con novio, con amante, con marido, algunas irremediadamente solas, otras con pintorescas variantes de las situaciones de las demás. Todas eso sí, decididas a sobrevivir entre aquellas paredes de la pensión, o entre las paredes donde la vida se decidiera a encerrarlas.

Durante el día había relativa calma en el lugar: las muchachas dormían mucho o salían a quién sabe qué, o simplemente a pasar el día en sus verdaderas casas con sus hijos y sus madres porque, en su mayoría, evitaban que ellos pasaran mucho tiempo en la pensión.” (Contreras 1995: 21)

Lo anterior confirma el grado de marginalidad y de desposesión implícita a que se ven expuestos los personajes, a pesar del grado de solidaridad que se va construyendo dentro del pequeño núcleo, lo que contribuye a enfrentar la crisis, pero no a atenuar la diferencia y la separación que los caracteriza. Es la presencia de la posmodernidad que va haciendo patente la crisis social de fines y principios de siglo.

La construcción del texto permite ir delineando las profundas diferencias sociales, cuya

enfoque básico está dado desde la perspectiva de quienes asumen el lugar de la otredad como amenaza, como los desligados sociales dentro del mismo núcleo social; estos son quienes ocupan el espacio de la prohibición en medio del devenir del caos social. La vida de unos y otros se construye de forma simultánea pero en funciones vitales diferentes pues unos ocupan el lugar de la “civilización”, mientras que aquellos permeados ante los primeros, si bien ocupan en principio el espacio de lo negativo, están contruidos desde la perspectiva del positivismo, pues se erigen, según se ha indicado como los mejores, y no como aquellos que han de vivir a la sombra de la “calidad” urbana. Es la expresión, en definitiva, de una emergencia que se pone de manifiesto en una época en la cual la crisis obliga a una multiplicidad de funciones sociales que, si bien no legitimadas, son producto de una sociedad heterogénea, en la cual la confluencia de discursos define a unos como personas, mientras a otros los relega al plano de la marginalidad plena.

La novela, por lo tanto, define la historia de los desheredados sociales, en un momento en el cual el predominio de las reglas del capitalismo adquieren una relevancia primordial, quizás más deshumanizada que nunca, en la que la lucha por la supervivencia se va tornando más y más fuerte. Es una realidad en la cual hay dominaciones y hay también sujeciones, lo que lleva a esa nueva racionalidad cuya irracionalidad es el fruto de las grandes diferencias que golpean a ciertos estratos sociales, mientras terminan de reafirmar el poder de otros. Ello, evidentemente, tiene relación con lo que ha sido hasta el momento propio del realismo socialista, pues no debe dejarse de lado que el límite entre el modernismo y el posmodernismo no deja de ser un periodo de transición que posee nexos aún difíciles de cortar en algunos casos, pero que conforman el paso propio de estos periodos.

El regreso a la nostalgia del pasado es ya, a su manera, una forma de retornar a lo idílico en tanto modo desesperado de recurrencia para afrontar la crisis del presente. La fusión entre “realidad” e “irrealidad” adquiere una dimensión de la cual Jerónimo y Félix no dan cuenta, pues se hallan como puentes de un universo al cual

pertenece y simultáneamente desconoce, para aferrarse a la manifestación, al despliegue de una idealización, desde la cual contemplan, miran, observan, y se construyen:

“Jerónimo desplegó su bastón, se sentó en el poyo, levantó la cabeza del perro, se la recostó en su regazo y se durmió un rato con ellos como queriendo unírseles al sueño. Cuando despertaron se saludaron y contemplaron (la negrita es nuestra) un rato el edificio del frente: la Universidad de Santo Tomás.” (Contreras 1995: 127)

El posmodernismo presente en la novela hace manifiesto un mundo caótico, en el cual los personajes, a los cuales hemos hecho referencia, no son más que los sujetos que responden al vaivén de una crisis que se acentúa en la sociedad josefina entre las clases más desposeídas, lo cual los lleva a procurar definir(se) en medio de tal caos. Consuelo, tal como su nombre lo indica, es el soporte en medio de la crisis, a la cual se aferran todos y todas, con el fin pleno de sobrevivir en medio de una sociedad en la cual Jerónimo construye su verdad para enfrentar la dificultad de un entorno que claramente le enajena. Él interpreta la sociedad y los eventos a su manera, y se empodera de una interpretación que le permite ser y existir en un espacio socio-histórico complejo. Es un momento en el cual las mujeres son mercancía, pero tratan de enfrentar la crisis de la cual son objeto con el propósito de sentirse seres humanos, pues al fin y al cabo ese es el principal motivo de construcción cada día. Es el intento de desligarse de su función objetual, imposible por lo demás, para dar lugar a la emergencia de la persona, del sujeto. Es el desarrollo que lleva permanentemente por la vía del ser y la deconstrucción y asimilación de un nuevo plano vital. Es la misma Consuelo que reafirma el espacio de su esposo, sujeto a la imposibilidad de no ser otra cosa más que un vegetal, pero al cual ella misma intenta dar espacio aunque sea solo para ella. Es la construcción de sus propias verdades.

En la novela se deja de lado el paso probable que comporta la utopía, pues la manifestación de lo postmoderno no da cabida a ello, menos en el plano en el cual se mueven los personajes como “víctimas” marginales de un sistema en el

cual la apariencia adquiere ribetes importantes para la consolidación social. Los miembros del grupo de los Peor no son sino sujetos cuya misión comporta el cumplimiento de una misión desde lo oscuro humano, de acuerdo con los valores establecidos y defendidos desde la normativa social. Consuelo, Jerónimo y la muchachas de la casona están dentro de lo prohibido, al cual accede la sociedad, la “normalidad”, pero que inmediatamente, después de haber dado lugar a la saciedad de esa normalidad, de nuevo pasa al plano de lo desdeñable, de lo marginal. Esta separación claramente impide el surgimiento de la utopía proletaria, pues el lugar de este no da espacio para la manifestación de esta.

Es una cultura que en definitiva constituye una pluralidad de manifestaciones desde las cuales se manifiesta la esencia misma del ser cultural, con todas sus diferencias y particularidades que afirman, fundamentalmente, la diferencia, no solo como grupos, sino también desde las individualidades. La racionalidad misma de la novela, tiene como parámetro básico la presencia del absurdo, de lo paradójico, que se desprende de una sociedad en la cual la “normalidad” acalla lo mismo que pregona en otros momentos, cuando se sirve de los desposeídos, para sepultarlos nuevamente, pues la utilización de los servicios ofrecidos por la pensión es también una respuesta “lógica” a una faceta propia de lo social, a la fase oculta, pero al mismo tiempo manifiesta, de la sociedad. Es una confrontación de universos los cuales, paradójicamente, no pueden estar uno sin el otro, pues se cruzan y se complementan, pese a las distancias establecidas social e ideológicamente.

No es casual, tampoco, el hecho de que los personajes principales, según hemos apuntado sean los desposeídos, pues la novela trabaja el enfoque narrativo desde estos, en la medida en que existe una “intencionalidad” (relacionada con la puesta en texto de los valores que se hallan y se cultivan también entre los olvidados, y los cuales el discurso predominante tiende a subvalorar) que se brinda al lector, al cual permite ver con simpatía a los abandonados, los cuales, son, en verdad, no solo los protagonistas, sino los únicos en los cuales y desde los cuales

se construye la novela. Las diferencias sociales están dadas, pero la versión de los privados sociales es la que importa, en la medida en que se les confiere voz, tanto para que presenten sus momentos de plenitud, como aquellos en los cuales el vacío es el predominante, y la soledad y la miseria los ejes de la historia. Jerónimo es despojado, pero no se despoja de sí mismo, sino que se reafirma desde su lugar y construye su mundo desde su diferencia, la cual defiende hasta la locura (al fin y al cabo es el lugar que socialmente se le otorga), mientras Consuelo se erige como la matrona alrededor de la cual se mueven todos los demás, pues desde su marginalidad posee el lugar de privilegio que la lleva a concentrar su propio núcleo familiar, al cual acceden prostitutas, marido, hermano y Polifemo (como casi hijo, casi nieto), y quienes se muevan en el plano de la otredad en la cual se construyen cada día. Es el mundo del capitalismo, en el cual todos los valores, o al menos la mayoría de ellos, adquieren una relectura de cara al nuevo milenio. En el mundo pluralista del posmodernismo, los valores lo son igualmente, aunque las diferencias de clase sigan siendo similares. Jerónimo es loco porque la sociedad lo condena a ese aspecto con el fin de acallar su discurso. Consuelo, Félix y las muchachas son marginales porque sus valores y su voz no es la de la sociedad mayoritaria, por lo cual son relegados con el fin de silenciarlos y ponerlos en el lugar de los sin voz. Cabría entonces pensar qué ha de ser de estos personajes-símbolo de un grupo social en el cual los valores, como lo hemos señalado, adquieren una nueva dimensión, para pasar a convertirse en valores de clase, según la conveniencia de ciertos grupos, pero que lleva a los marginales a no encontrar soluciones de peso a su desventura:

“No hay recetas; no hay soluciones finales para nada, todo es móvil, todo deviene.” (Rojas 2003: 123)

En el mundo capitalista del consumismo, el lugar de los Peor es el de la carencia, lo cual termina de convertirlos desde la otredad citada, pues no calzan en el molde de lo establecido desde tales parámetros. Consumir es sinónimo

de incorporación, de identidad incluso y de afirmación social. La privación de ello lleva, inexorablemente, a la separación social, pues no se es si no se tiene. En el fondo, lo que existe es la posibilidad de interpretar para intentar ser y conocer, que es al fin y al cabo lo que hace Jerónimo, y lo que lo lleva a ser el mayormente diferente, pero también el loco que insiste en dar una explicación a lo que los demás obvian, sin importar la “racionalidad” que pese en sus palabras. Explicar el entorno es batirse en duelo ante una lucha de por sí perdida. Jerónimo es el anti-héroe de un texto en el cual es loco por poseer la inteligencia de la cual los demás, asimilados sociales, carecen. Es el intérprete de un entorno en el cual pasa por loco debido a la persistencia de explicar para darse un lugar y un espacio, y dárselo a los demás.

En un mundo en el cual el posmodernismo tiene como base elementos tales como la diversidad, la localidad, la especificidad y la contingencia (Rojas 2003:431), los personajes de la novela se ven inmersos en ese caos, y son precisamente los ejemplos de un marco social en el cual la diversidad, si bien no los acerca a los otros en tanto son marginales y marginados, los va dejando en un espacio en el que viven y se construyen. Es su espacio de localización, en donde sus acciones los van definiendo y los comporta textualmente. Son los componentes de un entorno en el que la diferencia insiste y coexiste permanentemente.

Dentro del entorno social, la fragmentación que como grupo exponen, responde a una manifestación desde la que sus acciones, comportamientos, vicisitudes, momentos de triunfo y de fracaso, han de erigirlos como la otredad, la paradoja de un nuevo universo en el cual unos se catapultan dentro de la expresión capitalista, mientras otros se ven excluidos, y se ven en la periferia de una sociedad desigual, donde lo grotesco, al fin y al cabo, se constituye en una especie de carnaval deshumanizante. *Los Peor*, no es sino, en definitiva, una novela de desarraigo social, en medio del corazón de la nueva urbe josefina.

Es el mundo en el cual se mueven unos y otros en busca de un lugar en el cual puedan dar

lugar a sus existencias. La fijación de la mirada de Jerónimo en el pasado que le pone don Félix como nuevo espacio no es sino una forma de ser dentro de esta nueva sociedad caótica. Es la posición, la imposición y la exposición desde las cuales se han de conformar como sujetos o como individuos.

El posmodernismo trae como característica el desenmascaramiento de las acciones en medio de un trono de caos, como se ha señalado. De tal manera, los personajes de la novela, lejos de revestirse, se desvisten socialmente al comportarse como los marginados a los cuales se ha hecho alusión, pues los demás, revestidos por la otredad, que no es la propia que estos comportan desde su plano, son los que se encubren en la apariencia, y confiriendo al grupo de los Peor el grado de lo deleznable, cuando en realidad son estos últimos los que asumen su lugar dentro del entorno y se presentan tal cuales son.

Por otro lado, si bien las historias se cruzan, cada uno tiene su lugar dentro de una historia particular: Jerónimo construye y desarrolla su propia historia, Consuelo elabora su historia vital a partir de los acontecimientos que la vida le va poniendo, la historia de don Félix y su perro es también una historia particular, lo mismo que la de la madre de Polifemo y la del niño mismo; en fin, cada historia no es una historia compartida, sino una propia, la cual puede cruzarse con la de los demás, pero con carácter *sui generis* cada una, de acuerdo con lo planteado por Derrida en relación con el desarrollo de las historias, a lo cual se une también el planteamiento que se desprende de las ideas de este, cuando señala que para que haya progreso otros deben retroceder: es lo que sucede con los personajes Peor, marginados en tanto ello implica que sean otros los que impongan la marginalidad; desposeídos, lo cual implica que existen quienes son los poseedores. Es una novela en la cual el peso de la diferencia social adquiere un espacio protagónico en el texto, de forma que excluidos y no excluidos construyan la historia de la diferencia, en la que son los primeros el eje del texto, pues es la historia de los degradados sociales, y sus valores, en contraposición con los disvalores que la sociedad comporta. Lo cierto es que Jerónimo

y su hermana Consuelo, así como la madre de Polifemo, son sujetos poseídos, entre otros, por la soledad y el vacío. Por ello, nada importa cuánto se maquille la estructura social, lo cierto es que la diferencia termina imponiéndose, y ello lleva a la manifestación de mecanismo en los cuales la injusticia se arraiga cada vez con mayor fuerza. El horror es la tónica en que se mueven estos, y la tensión que les lleva a la búsqueda de un cambio que ciertamente no llega, lo cual amarra el proceso de marginalidad en el cual están inmersos. Así, en medio de tal caos, no existe la utopía para ellos, pues la pensión, aun cuando halla armonía entre estos, ha de seguir siendo un prostíbulo, el lugar de paso y de posterior olvido en donde se construyen y destruyen valores que la sociedad va tejiendo, y en donde quedan resignados los olvidados de la sociedad.

La contemplación que se efectúe de este espacio es siempre una imagen, la cual para unos queda revestida de verdad, pero para otros comporta más el plano de lo imaginario, en tanto es, pero con la imagen de algo más, que permite seguir alimentando la diferencia. Es esa quizás la imagen que guarda Félix del pasado y en la cual se refugia Jerónimo, un poco desde el concepto de la nostalgia, no como regreso al pasado, sino como contemplación de una realidad que unos ven, pero que no corresponde a la descripción del otro, y de los otros. La ceguera de don Félix es una construcción que responde a su visión y significación de mundo. Es un marginal que intenta posesionarse en un mundo en el cual se le niega el espacio. Es, en definitiva, el cruce entre lo moderno y posmoderno como vía de contemplación de un espacio, de un tiempo, que dejan de ser, pero que siguen siendo, pues qué es lo que él ve, y qué ven los otros en medio de tal confluencia:

“...los científicos y pensadores del siglo XVII pusieron en tela de juicio, en un grado desconocido en épocas anteriores, la fiabilidad de la experiencia visual. Lo que vemos directamente ¿está realmente ahí? ¿Es en realidad correcta nuestra percepción de lo que vemos? ¿Podemos depender enteramente de la experiencia visual en nuestra cognición del mundo? Más que ninguna época anterior, el Barroco tuvo conciencia de que hasta la experiencia visual completa e inmediata puede ser engañosa. Lo que vemos puede ser un engaño o fraude (*inganno*),

como dijeron algunos escritores del momento. Fue un signo del espíritu científico moderno en formación el hecho de que se debilitara la confianza en la experiencia visual, por directa o inmediata que fuese, lo cual condujo a la creencia de que hasta lo que atestigüamos directamente con los ojos ha de ser analizado y comprobado.” (Barasch 2003: 191-192),

y casi de inmediato se reitera la marginalidad que implica una mirada que no es la de los otros, sino que se manifiesta precisamente desde la diferencia que escapa a la colectividad, pero que se presenta y emerge como discordante de lo establecido : “...el ciego es una figura marginal en la imaginación y en la iconografía de la época barroca.” (Barasch 2003: 192), lo cual equiparamos con el marginal como sujeto desposeionado, que se refugia en otro espacio, y se obstina en erigirlo, y desde allí ES y actúa. Es un mundo en el cual la posmodernidad hace que estos personajes permanezcan atados a los vaivenes de tales diferencias que la pluralidad desde la cual se hable dé lugar a estas diferencias.

La novela es la plasmación de un mundo de diferencias, y paradójicamente de libertades, en donde los personajes optan por un rumbo de vida determinado, pero en donde socialmente existen limitaciones vitales establecidas. Es un esquema existente ya desde la modernidad, en la cual se habla de esta autonomía apenas en apariencia, en tanto institucionalmente existen sujeciones que impiden tal manifestación. Tal aserto apenas se podrían esbozar en el inescapable concepto de libertad del cual nos habla Sartre cuando señala que se es libre inevitablemente, pues existe una concepción de libertad la cual igualmente nos sujeta aun en medio de las demás represiones; somos libres aun sin buscarlo en su precepto filosófico...la inexcusable idea de la libertad. Los personajes novelados son libres en la medida en que se definen desde su marginalidad, pero están sujetos desde el momento en que tal marginalidad igualmente los sujeta. Es esa la gran paradoja, no solo textual, sino vivencial por sí misma, en tanto se manifiesta en cada ámbito de la existencia.

Cabe, entonces, la referencia en torno a la fragmentación de los personajes, a ese descentramiento y al pluralismo en el cual se ven envueltos: ¿cuál sino Jerónimo puede ser el caso más claro

de fragmentación identitaria, pues aún cuando pertenezca a un universo se recodifica desde otro, pero sin renunciar tácitamente al primero? Es claramente un sujeto ambiguo, descentrado, cuya identidad se construye y reafirma pero no en el mismo orden de los demás. Su principal característica es precisamente el de la diferencia en relación con el otro. Es un personaje que subvierte el orden, por lo cual es definido desde la locura, desde la otredad como amenaza, desde la incompreensión. Es el ajeno, el indeterminado; en otras palabras, el marginal. No debe olvidarse que su persistencia en guardar el recuerdo de lo ido, a partir de la permanencia de las imágenes construidas desde la ceguera de don Félix, es ya un indicio de esta diferencia, pues no solo se refugia en la nostalgia, sino que construye el presente y el pasado desde esta, y en ella se afirma. Ya el mismo Barasch, al cual hemos referido anteriormente, rescata esta actitud como defensa de la memoria, y la memoria desde la percepción del ciego:

“Como hemos visto, la continuidad es una condición para el conocimiento de los cuerpos y la construcción de formas. En la mente del ciego es la memoria la que hace posible la continuidad.” (Barasch 2003:214)

En la novela de Contreras, se construye una interrelación social en la cual unos y otros se cruzan en algún momento, como lo es el uso del prostíbulo como lugar de recurrencia permanente, pero ello no significa una uniformidad plena, pues la diferencia sigue siendo el tema predominante en estas relaciones. No obstante, y a pesar de la marginalidad señalada permanentemente en este abordaje en relación con los Peor y quienes se mueven en su círculo de inmediatez, en que se presenta, implícitamente, la otra esfera social, se sobreentiende el nuevo orden del que habla Appadurai:

“La nueva economía cultural global ha de ser vista como un orden complejo, con traslapamientos, disyuntivo, que ya no puede ser entendido en términos de los modelos existentes de centro-periferia (ni siquiera de aquellos modelos que podrían dar razón de múltiples centros y periferias). (Appadurai 2002: 20).

Lo anterior, si bien no cercena el concepto de la diferencia y la marginalidad de los cuales hemos hablado, lo cierto es que deja entrever el uso que unos y otros hacen, dentro de la estructura social, que permite que en tales relaciones el modelo establecido centro-periferia pierda su lugar en ese traslape, esa disyunción que provoca tales interrelaciones. Los esquemas de unidad o heterogeneidad no se vuelven inamovibles en todas las ocasiones. El orden social que emerge no permite entender los modelos como funciones estructuradas y establecidas de forma tajante, sino que, en un caso como el que nos interesa, unos y otros se encuentran y desencuentran según las circunstancias. Es parte de la nueva construcción cultural, que no deja, en todo caso, de tener apego, en algunas ocasiones, con las ideas de uso, desuso o abuso que construye la sociedad permanentemente.

La relectura que se desprende del nuevo núcleo familiar tiene como punto de partida a los hermanos Peor, aun cuando Jerónimo se halla incorporado después de su “travesía” por el mundo de lo eclesiástico. La unión en la cual se agrupan estos, además de las muchachas que no solo viven allí, sino que tiene la pensión como mero lugar de trabajo, en la medida en que su núcleo también responde al tradicional en otro hogar, no deja de incorporarlas tal como ocurre con la llegada de la joven embarazada que ha de dar a luz a Polifemo. Ello constituye un nuevo espacio y tipo de relaciones dentro del mundo de la desterritorialización del que habla Appadurai. Son sujetos marcados por la fractura, como ocurre con Consuelo y su esposo atado a la cama por siempre debido a su enfermedad, pero que no disgrega la relación de esta para con él. Todos forman, dentro de la marginalidad que los signa, un nuevo lugar y concepto de familia, en que las relaciones se reorganizan y se reconstruyen desde otros parámetros que han de contribuir a dar un nuevo sentido a sus existencias. En un mundo en el cual se borran las fronteras (en apariencia), el nuevo centro que estos forman va desestructurando los límites, las estructuras, hasta dar cabida a un grupo en el cual se va deconstruyendo lo establecido. El traslape que se manifiesta en un fractal, como figura emergente en la cual

los límites, el centro, la periferia, los márgenes pierden vigencia, permite ejemplificar esta nueva dimensión en que a pesar de este rompimiento, en el fondo se sigue privilegiando la diferencia, la marginalidad y la interacción del caos y un nuevo orden que se manifiesta dentro de esta, o a pesar de este. Es la existencia de una transformación, de una reconceptuación que va dando paso, de forma acelerada, a una transformación de mundo, con sus pros y contras, a un sueño, o quizás al surgimiento de una pesadilla dentro de las nuevas relaciones. Es la literatura testigo y ejemplo de tal nuevo establecimiento, mientras quedamos a la espera de las nuevas formaciones culturales en un mundo (amenazantemente) globalizado.

Los Peor constituyen ese grupo social que se enmarca dentro de un espacio en el que lo prohibido adquiere ribetes importantes. Son los desheredados, pero al fin y al cabo sujetos sociales, por lo cual quedan dentro de la estructura social, a pesar de la diferencia que los signa. No debe olvidarse, al fin y al cabo, que los otros son también signados por el espacio de la otredad de la cual hemos hecho mención. Jerónimo no es otro por sí mismo, sino porque existe quien le da ese rango, pero igualmente ese otro que se construye desde la mismidad con otros, es también el otro para Consuelo Peor y las muchachas, con la excepción del momento en que son “visitados”, y la diferencia deja su espacio más allá de las paredes.

Dentro del marco de lo social las diferencias se construyen y se diluyen de acuerdo con las circunstancias imperantes en un determinado momento. Ya incluso, de acuerdo con los planteamientos derridianos, no siempre las diferencias, los límites son claramente marcados, por lo cual el centro se diluye, lo mismo que la marginalidad. Los marginados solo lo son cuando se los conceptúa desde la otredad señalada, pero son parte esencial del entorno y la construcción de lo social cuando la diferencia que los demás han construido pierde su espacio cuando se borra y se “hacen” con esos mismos.

Finalmente, de acuerdo con tal señalamiento, la frontera entre lo moderno y lo posmoderno no siempre es lo suficientemente clara para delimitar las fronteras. Aun así, es evidente que

la novela reviste elementos fundamentalmente posmodernos por los aspectos señalados. Jerónimo es un sujeto cuyas características, descritas desde la locura para los otros, adquiere la ambigüedad que le confiere el carácter de una formación particular, pero también la vida en un espacio que también es particular. Es un sujeto “extraño” desde tal perspectiva, pero que no deja de lado su “contacto” con la sociedad con la cual se diluye, a pesar de la particularidad propia de su espacio. Es un ambiguo que no se enajena totalmente pero que no se asimila a los dictados de la otredad, ni siquiera de la propia “mismidad” que lo comporta a los más cercanos. Así, dentro del desarrollo que cada uno efectúa en relación con los otros, Jerónimo no se construye plenamente desde un solo espacio, sino que su ambigüedad le lleva a establecer su sitio vital, incomprensible incluso para su propia hermana, la cual no termina de comprender la diferencia que caracteriza a su hermano, a pesar de que lee de alguna forma esta, y contribuye a diluir este lugar de la diferenciación en que aquel se mueve. Mientras tanto, ambos se han de establecer, de acuerdo con las circunstancias mismas de la novela, en centro y periferia de una sociedad caótica que continúa construyéndose.

Bibliografía

- Appadurai, Arjun. (2002). “Disyunción y diferencia en la economía cultural global”. *Criterios*, La Habana, 33, pp. 14-41.
- Barasch, Moshe. (2003). *La ceguera: Historia de una imagen mental*. Madrid: Editorial Cátedra.
- Castro-Gómez, Santiago. “*Latinoamericanismo, modernidad, globalización: Prolegómenos a una crítica poscolonial de la razón*”. Recuperado del sitio <http://www.ensayistas.org/critica/teoria/castro/castroG.htm>.
- Contreras Castro, Fernando. (1995). *Los Peor*. Ediciones Farben. San José, Costa Rica.
- Jameson, Fredric. (2001). "Teorías de lo postmoderno", en *Teoría de la modernidad*. Tercera edición, pp. 85-96. Madrid: Editorial Trotta.
- Rojas Osorio, Carlos. *La filosofía en el debate posmoderno*. EUNA. Heredia, Costa Rica, 2003.
- Rojas Osorio, Carlos. *Foucault y el posmodernismo*. EUNA. Heredia, Costa Rica, 2001.
- Zavala Zapata, Iris M. *La posmodernidad y Mijail Bajtin: una poética dialógica*. Colección Austral. Madrid, 1991.

